



Reseña.
Las antinomias del giro ontológico.

Edwin Cruz Rodríguez.

Un comentario al libro de Iván Darío Ávila Gaitán (2013) *De la isla del Doctor Moreau al planeta de los simios: la dicotomía humano/animal como problema político*. Bogotá, Desde Abajo, 90 p.

Reseña.

Las antinomias del giro ontológico.

Un comentario al libro de Iván Darío Ávila Gaitán (2013) *De la isla del Doctor Moreau al planeta de los simios: la dicotomía humano/animal como problema político*. Bogotá, Desde Abajo, 90 p.

Edwin Cruz Rodríguez.

En este trabajo, el politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Iván Darío Ávila Gaitán presenta una propuesta de análisis y deconstrucción de la dicotomía humano/animal como problema político, estructurada en torno a lo que denomina el “especismo antropocéntrico”. Situado en la perspectiva de los movimientos animalistas abolicionistas, que luchan por relaciones simétricas entre animales humanos y no humanos, Ávila sostiene que tal dicotomía está sustentada en dogmas esencialistas que es necesario develar y apuesta por una “disutopía” basada en la metáfora de El Planeta de los Simios, donde estos “simbolizan el triunfo de singularidades posthumanas y postanimales, imposibles de contener en dos territorios existenciales divergentes y organizados jerárquicamente” (p. 18). Su objetivo, desarrollado en dos partes, es: “plantear un modelo analítico que permita entender las relaciones/procesos de dominación, sujeción, explotación, resistencia, negociación y emancipación en/entre seres históricamente categorizados como “humanos” y “animales” en contextos bio-físico-sociales cambiantes” (p. 21).

En la primera parte, adopta una perspectiva postestructuralista y deconstruccionista que le permite definir una serie de supuestos ontológicos antiesencialistas en lo que llama el “plano móvil de inmanencia”. Así, el autor cuestiona la insuficiencia de los marcos científicos hegemónicos para tratar el problema, el carácter antropocéntrico de las ciencias sociales fundado, a su vez, en la distinción entre naturaleza y cultura. Así mismo, abraza la crítica derridiana a la “metafísica de la presencia” y las formas de conocimiento fundadas en la identidad, la dualidad, la no contradicción y las oposiciones binarias jerárquicas que conllevan una subvaloración del Otro. En su lugar, apuesta por una ontología “materialista” en la cual, retomando a Gilbert Simondon, “todo ser es relación” (26), se abandona la trascendencia y, en lugar de identidades y diferencias, existen singularidades en devenir permanente. En consecuencia, desde esta perspectiva, no existen totalidades, sino órdenes articulados con lógicas de dominación y poder distintas o lo que el Black Feminism denomina “interseccionalidad”; tales órdenes no siempre son jerárquicos, o “máquinas de jerarquización”, y corresponden a “campos de estabilidad transitorios” que no necesariamente coinciden con el Estado; en fin, entre ellos existen articulaciones que constituyen “formaciones bio-físico-sociales”.

La segunda parte está consagrada a precisar el marco categorial de la “máquina de jerarquización especista-antropocéntrica”. Ésta es concebida como: “un orden bio-físico-social de escala global que se fundamenta en la dicotomía humano/animal y genera la

constante superioridad del primer polo sobre el segundo” (p. 35). En una lectura crítica del concepto de biopolítica en M. Foucault y G. Agamben, Ávila sostiene que dicha máquina construye los límites entre lo humano y lo animal. Aunque la producción discursiva de lo que Agamben denomina “vida desnuda” es un hecho, el autor considera políticamente equívoco centrarse en esa figura, pues despoja de potencia a ese sujeto, sea animal o humano.

Con Derrida, el politólogo sostiene que la soberanía no es única, sino que existen distintas soberanías que pueden ponerse en cuestión, sobre todo aquella que afirma la soberanía de lo humano sobre lo animal. Este postulado coincide con el animalismo y con el veganismo como propuesta ético-política, sustentados en el principio de no dañar físicamente a ningún ser sintiente, con un sistema nervioso complejo. No obstante, Ávila sostiene que “el *especismo antropocéntrico* desborda actitudes consideradas meramente crueles, conscientes, individuales, etcétera, da a entender, antes bien, un *estado de cosas* que implica la sistemática superioridad humana y la inferioridad animal-no-humana” (p. 48). Supone erigir necesariamente un “Otro” animal como condición de posibilidad para concebir lo humano, pese a que, como sostiene D. Haraway existen “especies compañeras” que dejan entrever “entrecruces ontológicos” entre especies, por ejemplo entre animales humanos y animales domésticos, cuya co-evolución llega a transformar incluso su información genética.

Si bien el “especismo-antropocéntrico” puede tener origen en esa estructura “sacrificial” de la que habla Derrida, para designar un matar que no es considerado criminal caracterizado por la ingestión del cadáver, y que en este sentido no tiene que ver con la necesidad de proteína animal, Ávila resalta la necesidad de llevar el marco analítico a la historia para rastrear los orígenes de esa “máquina” de forma más rigurosa. En todo caso, para el autor, la modernidad, con sus elementos característicos como la erección cartesiana del sujeto humano como ser racional trascendente, frente a las “máquinas” de la naturaleza, transforma la “máquina de jerarquización especista” tornándola sanguinaria: “Es ante todo con la modernidad, en un contexto tecnocientífico, que se configuran amplios espacios de encierro, explotación y muerte” (p. 67). Por ejemplo, los saberes, dispositivos, técnicas y tecnologías de “producción” de carne, condenan a los animales no humanos a un sufrimiento que no cabe en el concepto de genocidio. De hecho, es posible que dichos “mataderos” hayan sido modelo para los campos de exterminio nazi, como lo sugiere el historiador Charles Patterson. Así, las técnicas generadas para el dominio de animales se han aplicado a seres humanos considerados no humanos, “animalizados”, como sucedió, por ejemplo, durante la esclavitud. En la actualidad, las granjas y los lugares de experimentación con animales no humanos, “campos de concentración especistas” (p. 77), disocian en su publicidad la carne de su referente vivo y, al mismo tiempo, reproducen otros dispositivos de poder, por ejemplo, cuando asocian la carne con el vigor masculino y los vegetales a lo femenino, o cuando el cuerpo mismo de las mujeres se hace equivalente a carne comestible.

Desde luego, no es la primera vez que la “máquina de jerarquización especista-antropocéntrica” opera sobre animales humanos. Ávila recuerda el caso de Saartjie

Baartman, la bosquimana exhibida en jaula en París y Reino Unido, como si fuera una exótica especie, que los científicos de principios del siglo XIX conceptuaron como el eslabón perdido entre el hombre y el animal. En ella convergieron distintos procesos de racialización, generización y especificación o animalización, por lo que constituye un claro ejemplo de lo que Ávila denomina “zooantroponormatividad”: “la obligatoriedad de encajar a seres concretos dentro de la dicotomía jerárquica animal/humano o, en otras palabras, la dicotomía (y sus relaciones asimétricas) asumida como ontológicamente normativa” (80), que opera con “tecnologías de especificación”, las cuales asignan lugar a animales y humanos como los letreros de “prohibido animales”.

Pese a que Ávila no se propone abundar en todos los problemas que plantea, su obra contribuye de forma pionera a una discusión en Colombia y, quizás, en América Latina. Del cuerpo conceptual mediante el cual deconstruye la dicotomía humano/animal, cabe destacar por lo menos dos aspectos sugerentes: por una parte, la necesidad de revisar los marcos dominantes de la ciencia. De los planteamientos del autor se infiere claramente que pensar e investigar sobre este problema exige trascender muchos de los supuestos en que se ha sustentado la división del trabajo en la producción del conocimiento. Por ejemplo, es claro que se requiere ir más allá de la dualidad naturaleza/cultura, si se quiere comprender el carácter político de las relaciones entre animales humanos y otros animales y, en consecuencia, es necesario redefinir las fronteras entre los campos del conocimiento que se han ocupado de cada una de estas materias.

Por otra parte, una contribución decisiva del trabajo es aportar un lenguaje que evidencia y hace cognoscible el entramado de relaciones, prácticas y significados, que se producen en el marco de la mencionada dicotomía. En este lenguaje, el autor ha articulado preocupaciones de distintas variantes de la teoría feminista, el postestructuralismo y los estudios críticos de la ciencia, entre otros. En suma, las categorías que Ávila desarrolla tienen un amplio alcance heurístico, permiten desarrollar investigaciones empíricas y contextuales sobre el problema en cuestión.

Con todo, cabe preguntar qué tan pertinente, en términos éticos y políticos, puede resultar el “giro ontológico”. El plano móvil de inmanencia supone que los “seres” o singularidades se crean a sí mismos en forma relacional y en un devenir permanente. En esta perspectiva, las singularidades tienen igual estatus ontológico, lo que implica erosionar supuestos modernos como el “sujeto autoconsciente” en que se funda el especismo antropocéntrico. Sin embargo, ello también plantea problemas:

Primero, ¿es ese devenir completamente indeterminado? El que existan dispositivos como el especismo antropocéntrico supone que existe una desigualdad entre singularidades en la medida en que son los animales humanos los que pueden agenciar de cierta forma ese devenir, mediante instrumentos como la técnica, la ciencia y la tecnología. Si bien los distintos organismos vivos y no vivos tienen un devenir en tanto que se relacionan, denominado evolución en algunos casos, en los ejemplos que Ávila expone de co-evolución o co-construcción entre animales humanos y no humanos, esa transformación está mediada por la ciencia, la técnica y la tecnología, manipuladas por animales humanos.

Así, en alguna parte sugiere que la explotación de las ratas de laboratorio, mediante los procesos de estandarización biológica y de cría, generaron instrumentos, como las jaulas o aparatos inmovilizantes, y procesos, como aminorar cualquier posibilidad de empatía con ellas, que llevaron a modificar las conductas de los animales humanos, en el contexto asimétrico del especismo antropocéntrico (p. 73). Si bien es cierto que los instrumentos de control de las ratas tienen por objetivo controlar su capacidad de resistencia (mordidas, chillidos, etc.), el devenir en últimas es agenciado por animales humanos. En el mismo sentido, en la disutopía de *El Planeta de los Simios*, donde no hay especies sino singularidades, cabe preguntarse qué son esos “simios y ciborgs”, esos seres posthumanos y postanimales o, en otras palabras, ¿el devenir ciborg de los animales humanos justificaría llevar a cabo prácticas rechazadas por el animalismo como la experimentación con animales no humanos, los “xenotransplantes”, o transplantes de una especie a otra, para encontrar fórmulas que posibiliten transplantar órganos humanos? Si este no es el tipo de devenir contemplado en esa disutopía, ¿cuáles son los criterios que permiten formular un devenir deseable, más allá de afirmar que no existen especies, reinos, etc., sino sólo singularidades? Quizá un límite del giro ontológico para pensar este problema es que olvida al animal de carne y hueso, y lo asimila muy fácilmente a una “singularidad”.

Ahora bien, ¿qué pasa si ubicamos la dicotomía humano/animal en el contexto de la actual crisis ambiental?, ¿qué “devenires” son deseables acá? El devenir no sólo de los animales, sino de eso que llamamos “naturaleza” o biósfera, ha sido claramente afectado por los animales humanos, ¿es deseable que lo sigan afectando? ¿No es esa capacidad de devenir o de agencia de los animales humanos la que ha llevado a la actual crisis ambiental? ¿Es posible conciliar los postulados del giro ontológico con la defensa o conservación de la naturaleza? ¿Con qué criterios podría defenderse la naturaleza del devenir impuesto por el antropocentrismo y el capitalismo?, ¿qué criterio permitiría afirmar, por ejemplo, que ciertas especies no deben ser manipuladas genéticamente o que no se debe acabar con ecosistemas determinados? Si no se establecen criterios que permitan identificar cuáles son los devenires deseables y justos, y sólo se acepta la indeterminación del devenir, se puede terminar por avalar una confianza ciega en los adelantos científicos y tecnológicos, los mismos que permiten el devenir ciborg de algunos animales humanos, para salir de la crisis ambiental, lo cual puede resultar contraproducente. En este caso, además, el giro ontológico conlleva a olvidar que la vida tiene un límite biofísico palpable: la capacidad de resiliencia de la biósfera.

Esto conduce directamente al problema ético. En la obra existe una apuesta comprometida por generar relaciones simétricas y no jerárquicas entre animales humanos y no humanos. El giro ontológico implica concebir estos seres como singularidades que no pueden definirse sino a partir de sus relaciones y que se encuentran en devenir permanente. Por consiguiente, se está afirmando una igualdad a nivel ontológico entre ellas. Al parecer, para Ávila, esa igualdad no se traduce en una identidad: “...mal haríamos en disolver todas las diferencias”. Para él, “el salto necesario radica en explorar las constantes que pueden definir ciertas singularidades sin caer en límites fijos y entidades puras”, como dijera G. Deleuze, no el devenir de un ser sino el “devenir sin ser o flujo caótico a-humano” (p. 53). El problema de esta perspectiva es que no permite definir con base en qué criterio se justifica perseguir relaciones simétricas entre animales humanos y no humanos. Establecer

esos criterios implica dar cuenta no sólo de la igualdad, sino también, y tal vez sobre todo, de las diferencias entre ambos.

Por lo anterior, existe un hiato entre la propuesta ontológica y epistemológica y la apuesta ético-política del trabajo. El autor reivindica el criterio de “sintiencia” para justificar la lucha animalista abolicionista, si bien critica a su principal defensor, Peter Singer, por erigir los seres sintientes como sujetos éticos, un nuevo Yo, dejando por fuera las plantas y resto de seres vivos (p. 56). Tal criterio es defendido desde una matriz de pensamiento muy distinta, basada en el discurso científico y en postulados éticos utilitaristas, de acuerdo a los cuales no se debe producir sufrimiento a organismos con sistemas nerviosos complejos o con cerebro, todo lo cual no puede inferirse de su conceptualización sobre el “plano móvil de inmanencia”. Ávila complementa ese criterio ético con el argumento de que de todas formas existen otras posibilidades de proveerse de alimento que no pasan por explotar y generar sufrimiento a los animales no humanos, lo que le permite, en últimas, reivindicar el veganismo:

“el veganismo plantea un proceso valiosísimo en términos de configurar nuevos mundos que pasan por repensar el trabajo, la libertad, lo que comemos, vestimos, etcétera, aparte de un compromiso desfeticizante y explícito con conocer el recorrido mediante el cual algo llega hasta nosotros/as. En últimas, si dejar de consumir o matar por diversión animales-no-humanos –por lo menos de quienes se tiene la seguridad que poseen sistema nervioso y pueden sufrir o ser privados de múltiples experiencias- constituye una posibilidad más, ¿por qué no optar por esa empática posibilidad intentando, a la par, potenciar otras formas de vida sin descuidar la vida “humana”?, incluso si las plantas sintieran (hay quienes lo sostienen), tal hecho no nos debería habilitar para criar y matar alegremente vacas, perros, ardillas y humanos, sólo ratificaría el compromiso con la otredad al criarlos y comerlos con responsabilidad, ya que allí si, en efecto, no habría otra posibilidad. La sintiencia importa, pero no constituye el fundamento de nuestra actividad radical” (p. 59).

En fin, por las rutas que sugiere, por los problemas y preguntas que formula, así como los dilemas que deja planteados, el libro de Ávila constituye una corriente de aire fresco en el debate sobre el animalismo en nuestro contexto.